

“Que no, que no, que no nos representan”, o repensando la relación entre investigación y activismo a partir de nuestras experiencias vividas¹

Ariana S. Cota

Otras. Perspectivas Feministas en Investigación Social. Universidad de Granada
ariana@correo.ugr.es

Luca Sebastiani

Instituto de Migraciones. Universidad de Granada
lucaseba78@ugr.es

Palabras clave: activismo, investigación, movimientos sociales, 15M, antropología comprometida.

Resumen: En este artículo reflexionamos sobre las posibles maneras de articular investigación y activismo desde nuestro posicionamiento como antropólogos comprometidos social y políticamente. Destacamos que desde la antropología crítica se han aportado contribuciones alrededor de dos ejes principales: la democratización de los mecanismos de producción del conocimiento y la politización de sus contenidos de cara al fortalecimiento de los movimientos sociales. Recorremos nuestra experiencia vivida en el contexto del 15M granadino para analizar algunos casos concretos de dificultades y desencuentros entre investigación y activismo. Resaltamos las ventajas de una participación implicada y avanzamos una propuesta política y metodológica basada en el “agobio” y el “desahogo”.

¹ Este artículo desarrolla nuestra ponencia en la Jornada Ankulegi *Occupy anthropology*: la antropología ante el activismo y la militancia, celebrada en Donostia el 13 de marzo de 2015. Está escrito por una mujer y un hombre: aunque hayamos optado por nombrarnos en genérico masculino, somos sensibles y compartimos las denuncias que el feminismo hace del sexismo lingüístico existente. Uno de nosotros ha sido financiado por el Programa de Fortalecimiento de las Capacidades I+D+i de la Universidad de Granada.

“Dos actividades de una misma persona, la del científico y la del político, que sufren en igual medida por ser aisladas una de la otra; pero ¿se las puede concebir en una relación que no sea de alternancia (científico de nueve a cinco, militante de cinco a nueve)?

Sí, a condición que se admita que, al lado de esas dos funciones, puede existir una tercera, que yo designaría con el siguiente término ambiguo, si no devaluado: intelectual.”
(Todorov, 1986: 6)

Repensando aquí y ahora la relación entre investigación y activismo

Somos antropólogos y activistas político-sociales que han estado activos en diferentes asambleas del 15M en Granada. Al reflexionar sobre la relación entre investigación y activismo queremos superar la lógica de separación, que a menudo opera entre las dos esferas, para compartir inquietudes e intuiciones que no hemos podido confrontar con otros compañeros. Esta tarea nos parece especialmente urgente ante la reorganización capitalista actual, donde la universidad se convierte en un espacio neoliberal para la producción de capital cognitivo y reduce la financiación a las investigaciones críticas y disidentes con el sistema establecido. Escribimos aquí y ahora porque hemos cruzado nuestros caminos en la academia y en las luchas y creemos que no somos los únicos en no querer distinguir su trabajo académico “de nueve a cinco” de su trabajo activista “de cinco a nueve”. Rechazamos dicotomizar los dos espacios y luchamos por producir cambios —mínimos pero significativos— en la labor intelectual de la universidad y por volver a situar a la antropología en el centro del cambio social.

Compartimos la valoración que Foucault hacía unas décadas atrás sobre la relevancia de los movimientos sociales: “Las grandes instituciones políticas y los grandes partidos políticos han confiscado el proceso de la creación política; quiero decir con ello que intentaron dar a la creación política la forma de un programa político para hacerse con el poder. Pienso que hay que preservar cuanto fue producido en la década de 1960 y a principios de la de 1970. Una de las cosas que hay que preservar, a mi modo de ver, es la existencia, fuera de los partidos políticos, y fuera del programa normal y ordinario, de una cierta forma de innovación política, de creación política y de experimentación política [...]. Aquellos movimientos sociales han transformado verdaderamente nuestras vidas, nuestra mentalidad y nuestras actitudes, así como las actitudes y la mentalidad de otras personas —personas que no pertenecían a esos movimientos—” (Foucault, 1997: 172-173).

Graeber (2014) también defiende este papel innovador y de experimentación política, trazando una genealogía que pasa por la Primavera Árabe, el movimiento de los indignados, *We are 99%* y se remonta a los grupos feministas de autoconciencia de los años setenta como origen de las formas organizativas asamblearias actuales. Del mismo modo, della Porta (2009) resalta el carácter democrático y deliberativo en la propia organización de los movimientos sociales, y su forma de participación horizontal como una manera de poner en práctica las reivindicaciones que hacen a las instituciones de las democracias occidentales. En una etnografía sobre el movimiento feminista argentino, Masson (2007) utiliza dos categorías matemáticas para describir las relaciones existentes dentro de estos grupos: por un lado,

habla de “igualdad de equivalencia” para resaltar la construcción de una identidad homogénea ante el exterior —basada en la idea de “las mujeres”, “las asambleadas”, o en nuestro caso “los indignados” o “los de abajo”—; por el otro, llama “igualdad de orden” la ausencia de jerarquías internas a la que aspira el propio grupo, una forma organizativa que no está en pugna por el poder sino que cuestiona la verticalidad de la arena política formal y su representación. Estos enfoques nos parecen útiles para llenar cierto vacío empírico de la antropología política, enriqueciendo esta subdisciplina a través de lo que los propios movimientos dicen y hacen. Es más: conceptos como los de Masson, además de afectar a los movimientos sociales, están penetrando en los recientes procesos de investigación etnográfica.

Dando por asumidas las consideraciones previas, en este texto afrontaremos la relación entre activismo social e investigación a través de las dificultades experimentadas en nuestra trayectoria dentro del 15M en Granada, movimiento al que nos hemos vinculado desde el comienzo participando en la asamblea general y en otros grupos de trabajo. Primero abordaremos dos dimensiones intrínsecas a la investigación desde la perspectiva activista —la democratización de la producción del conocimiento y la politización de sus contenidos—, discutiendo aportaciones teóricas. Luego recorreremos acontecimientos vividos que nos permitirán ahondar y establecer relaciones con las reflexiones anteriores, aportando una pequeña casuística de encuentros y desencuentros. Por último, argumentaremos que la tensión existente entre ambos espacios tiene una dimensión política y analíticamente productiva y formularemos una propuesta de políticas de “agobio” y “desahogo”.

Entre dos ejes: democratización de la producción del conocimiento o politización de sus contenidos

Las aportaciones de las últimas décadas sobre la relación entre academia y activismo² han ido principalmente en dos direcciones: hacia la democratización de la producción del saber o en pos de enfatizar el conocimiento producido como herramienta para la transformación social. Así, han tenido como objetivo principal, respectivamente, cuestionar el canon de autoridad del etnógrafo —para proponer formas de investigar más horizontales, simétricas y participativas— o comprometerse con el logro de objetivos planteados por los movimientos —poniendo las actividades de investigación, divulgación y docencia a su servicio—. Sin perjuicio de la pluralidad existente, constatamos que la mayoría de las aportaciones tienden a priorizar uno de los dos ejes frente al otro. Vamos, por tanto, a discutir estos dos aspectos.

PRIORIZACIÓN DE OBJETIVOS POLÍTICOS. UNA GENEALOGÍA DE LOS CONOCIMIENTOS SITUADOS

El pionero de la antropología urbana Foote Whyte se asombraba por la ausencia de etnografías que describieran el trabajo de campo desde una narración personal de toma de decisiones metodológicas y políticas, lo que le llevó a incluir en *La sociedad de las esquinas* (1971) un capítulo para contar por qué decidió pasar más de tres años en el vecindario

² Hablamos de “activismo” en sentido amplio, abarcando tanto los movimientos sociales propiamente dichos como los grupos y actores “contrahegemónicos” y “subalternos” de varios tipos.

italoamericano donde hizo su investigación, no sólo tratando de conocer cómo vivía allí la gente como un mero "espectador pasivo", sino interesado por las desigualdades que tenían que afrontar a diario, y hasta organizando la protesta ante la ausencia de servicios públicos. También Huizer, haciéndose eco de la máxima lewiniana "si quieres saber de algo, intenta cambiarlo" (Lewin, 1948: ix), cuestionaba cómo la antropología aplicada había sido neutralizada en su potencial transformador, pues no se recomendaba investigar en situaciones conflictivas que obligaran al etnógrafo a tomar postura. Como él mismo planteaba "no ver, ignorar estos conflictos, es en sí una toma de postura del lado del poder" (1979: 396).

Posicionarse ante las injusticias sociales no representa la inquietud de algunos, sino que supone el reconocimiento del carácter parcial de todo conocimiento y remite a un debate que afecta a la antropología y a las ciencias sociales en general³. Por ejemplo, a finales de la década de los setenta, investigadores de la sociología francesa más comprometida con los movimientos sociales experimentaron con metodologías como la "intervención sociológica". A partir de grupos de discusión, se facilitaba el autoanálisis demandado por los propios actores, interviniendo de manera activa pero con el distanciamiento necesario para ser de utilidad al movimiento a la hora de plantear una hipótesis objetiva sobre su acción colectiva (Touraine, 1986). En nuestra disciplina, una corriente que ha abordado este dilema ha sido la antropología posmoderna, que a pesar de su diversidad de planteamientos ha conducido el debate hacia

la imposibilidad de construir conocimientos objetivos, enunciando que la labor antropológica debía "ocuparse más de la deconstrucción de la disciplina que de las condiciones de vida de los pueblos" (Izquierda y Gómez, 2013: 68). Otra visión cuestionadora de la objetividad científica vendría del proyecto feminista en antropología, asumiendo la posibilidad de un "conocimiento situado" (Haraway, 1995) que no hace referencia a un lugar prefijado de partida, sino a una "objetividad encarnada" por quien lo produce (Gregorio, 2006). También Scheper-Hughes reflexionaba en torno a este debate y admitía: "En cada caso he tenido que hacer una pausa y reconsiderar el papel del antropólogo como neutral, desapasionado, frío y racional, observador objetivo de la condición humana [...] y me siento tentada a poner en evidencia a la antropología, para exponer su relativismo moral artificial y tratar de imaginar lo que constituye un compromiso político e implicado que la antropología podría tomar" (1995: 410). Y es que la teoría feminista ha supuesto un punto de inflexión en la antropología implicada con los grupos con los que estudia, al ser las propias antropólogas parte del movimiento teórico-político que persigue la transformación social. Así lo expresaba Okely: "En los 70, el Movimiento de Liberación de las Mujeres argumentó que 'lo personal es político'. Yo sostengo también que en el contexto académico 'lo personal es teórico'. Este planteamiento es contra una tradición atrincherada que relega lo personal a la periferia y a lo 'meramente anecdótico': peyorativamente contrastado en la ciencias sociales positivistas como una verdad generalizable" (1992: 9).

Análogamente, Rabinow cuestionaba la posibilidad de contribuir al cambio social tomando postura "desde fuera" y resaltaba

³ Véase, por ejemplo, el debate de la Asociación Americana de Antropología sobre la guerra en Vietnam, expuesto por Narotzky (2004).

la necesidad de pertenecer al propio grupo “estudiado”: “Puede haber situaciones en las que el antropólogo pueda ayudar directamente a la comunidad, pero a mí me parece que estas ocasiones no son frecuentes [...]. Esa postura parece más justificable dentro de la propia sociedad, donde pensamiento, acción y responsabilidad están interconectados más de cerca. He reflexionado sobre este problema a lo largo de los años y, sin embargo, no me resulta claro qué podría haber hecho para ayudar a los lugareños que no hubiese supuesto una interferencia flagrante” (1992: 83). Igualmente, para Narotzky posicionarse y producir saberes situados para contribuir a la lucha de un colectivo por el cambio social cobra sentido si se forma parte de la misma sociedad (2008: 112); es decir, si existen “pensamiento, acción y responsabilidad” compartidas entre sus miembros.

PRIORIZACIÓN DE OBJETIVOS METODOLÓGICOS. DEMOCRATIZANDO EL PROCESO

El otro eje es el que persigue democratizar la producción del conocimiento. Antes que emplear la autoridad antropológica y su mayor acceso a ciertos recursos para contribuir a la lucha, resalta la horizontalidad del proceso de construcción del saber. Su prioridad no es sumar una persona más a una lucha o movimiento social, sino crear itinerarios comunes entre “investigadores” e “investigados”.

Un punto de partida común a estos enfoques es la crítica al concepto tradicional de observación participante. Por ejemplo, Greenwood (2000) lo cuestiona por privilegiar la “observación” ante la “participación” y por concebir esta última como una mera forma adjetivada de la primera. Sería

una observación con fuertes tintes positivistas, que evoca la idea de un “observador” separado de los “observados” y no implicado profundamente con ellos, cuya participación es sólo una estrategia de adquisición de conocimientos que no serán siquiera compartidos con aquéllos. De allí que Baer —antropólogo y militante sindical dentro de la universidad— defiende una noción de observación “partisana” (1997: 133-141), que no se valide mediante el reconocimiento de los demás investigadores sino por la utilidad que le es atribuida por los “dueños locales de un problema” (Greenwood, 2000: 32), y que implique “interrogarnos sobre nuestro papel como investigadores, al abordar la brecha entre la investigación, la acción y la elaboración de políticas, así como las diferencias entre las culturas organizativas de la academia y el activismo, respectivamente” (Milan, 2014: 447).

A partir de estas críticas, se han desarrollado varias propuestas metodológicas que abogan por una mayor cooperación en el campo entre “investigadores” e “investigados”. Se trata, por ejemplo, de la “etnografía doblemente reflexiva” propuesta por Dietz (2011) o de la “etnografía colaborativa” en las versiones de Lassiter (2005), Holmes y Marcus (2008) y Rappaport (2008). Todas comparten la preocupación de reducir el papel “epistemológicamente autoritario” del etnógrafo y generar un “diálogo entre saberes” donde la producción de conocimiento sea más democrática y horizontal. Critican la reflexividad “unilateral” de las ciencias sociales tradicionales y destacan la capacidad de teorización de los propios sujetos “observados”, abogando por integrar sus narraciones en todas las fases de la investigación —no solamente en la “devolución” de los resultados, sino en la formulación del diseño y los

interrogantes, la selección e interpretación de los datos relevantes o la escritura del relato etnográfico— (Lassiter, 2005). Aspiran a producir una tendencial difuminación de las fronteras entre “investigadores” e “investigados”, o cuando menos a reequilibrar las relaciones de poder. También hay diferencias: por ejemplo, Holmes y Marcus (2008) priorizan la dimensión colaborativa en el proceso de escritura etnográfica e indican como “compañeros epistémicos” a militantes “cultos” de la extrema derecha, aristócratas o expertos de instituciones financieras. En cambio, Rappaport (2008) prioriza el momento de coteorización que se genera en el campo y defiende una etnografía activista, políticamente comprometida del lado de los “oprimidos” y que vincula más estrechamente la aspiración a la democratización metodológica con el logro de procesos de cambio social.

Otra contribución viene de la autoetnografía feminista, que pone en valor lo autobiográfico, lo corporeizado, como “una estrategia creativa que tiene como fin servir a la persona que la elabora [...]. Encierra un proceso de selección que tiene mucho de recorte consciente y también mucho de intuición y creación [...]. La memoria se nutre no solamente de los recuerdos de los acontecimientos que la/el protagonista ha experimentado sino también de las memorias de otras personas con las que se relaciona y de las narrativas de sus experiencias, que con frecuencia son anteriores a las propias” (Del Valle, 1995: 7-8). Conforme con la autoetnografía feminista, en este texto hemos tratado de situar en el debate académico nuestros momentos aprisionados hasta ahora en la memoria y hacerlos explícitos, teniendo en cuenta además que “la distinción entre el trabajo considerado netamente académico y la producción escrita de una antropología po-

líticamente comprometida, manifiestan ahora límites ambiguos que responden no solo a los intereses de sus autores sino también de sus lectores” (Bartolomé, 2003: 203). Para nosotros el interés está en que nuestras observaciones trasciendan de los tradicionales lectores de monografías para llegar, en los términos propuestos por Behar (2003: xvii), a compañeros quizá aún no epistémicos pero sí de la lucha social, junto a los que hemos vivido muchas situaciones aquí relatadas. Al explicitar nuestra implicación con los movimientos y nuestra vinculación con una antropología políticamente comprometida, nos posicionamos simultáneamente como investigadores y militantes, expertos tanto “académicos” como de nuestros mundos sociales, y articulamos dentro de nuestra experiencia una dimensión tanto autobiográfica como doblemente reflexiva. Otras potencialidades que derivan de esta colocación “espuria” son: formar parte del propio colectivo, entender la autobiografía como parte de la etnografía, difuminar la distancia entre investigador y activista y favorecer tanto un “giro colaborativo” como una circulación de saberes expertos profesionales con saberes de la memoria colectiva de los movimientos.

Discusión de casos empíricos

Hasta ahora hemos recorrido debates que se han dado en la antropología en torno a la toma de postura política en las investigaciones y a las propuestas metodológicas surgidas para una producción más horizontal del conocimiento junto con los colectivos que apoyamos o a los que pertenecemos. En este apartado pondremos ejemplos de encrucijadas y tensiones experimentadas en los últimos años entre investigación y mo-

vimientos. Sin pretensiones generalizadoras, entablaremos un diálogo entre casos empíricos y ejes teóricos, señalando ejemplos de lo que hemos llamado el “escaso impacto sociopolítico” de las investigaciones, distintas lógicas de “agotamiento”, “rentabilización”, “victimización” o “validación” de la condición de “grupo silenciado” (Ardener, 1975), el rechazo a la “intelectualidad” y resaltando las ventajas de una participación implicada.

ESCASO IMPACTO SOCIOPOLÍTICO DE LAS INVESTIGACIONES

La monografía *Aprendiendo a decir No. Conflictos y resistencias en torno a la actual forma de concebir y proyectar la ciudad de Granada*, escrita en 2009 por el Grupo de Estudios Antropológicos La Corrala⁴, narra las vicisitudes de la Casa del Aire, un inmueble granadino cuyo vecindario protagonizó a partir de 2004 una lucha contra la especulación inmobiliaria. Cuando en 2010 las autoridades procedieron al desalojo de algunos ocupantes, se convocó una concentración en apoyo de los vecinos. Sin embargo, los estudiantes de antropología social compañeros de Ariana —que también estaba cursando esa carrera— ignoraban tanto esta experiencia de lucha como la citada monografía. Este desconocimiento vuelve a hacerse patente un año más tarde en el contexto del movimiento *indignado*, cuando tras una nueva

⁴ El Grupo de Estudios Antropológicos La Corrala se define como un colectivo autónomo respecto de instituciones y empresas y realiza investigaciones sobre luchas sociales en la ciudad de Granada. Ariana forma parte de él, y junto a otro miembro del colectivo participa con Luca y otras investigadoras en el “Colaboratorio”, un reciente experimento de investigación colaborativa fuera de la universidad que se reúne en un barrio popular de Granada.

orden judicial los vecinos solicitan el apoyo de la Asamblea del 15M granadino, con el fin de intentar parar el desahucio de una de las últimas inquilinas. La asamblea tuvo que ser informada “desde cero” sobre la lucha llevada anteriormente por la conservación de la casa, pese a que las manifestaciones posteriores al desalojo de 2010 registraron un apoyo considerable. Con el paso del tiempo, esta lucha logró hacerse popular entre los movimientos locales y estatales, pero este resultado se alcanzó mediante una intervención “política” en el sentido más tradicional del término, y no porque La Corrala consiguiera diseminar los resultados de su etnografía. Aun teniendo en cuenta el elevado “recambio” de militantes debido a la condición estudiantil de muchos, esta dificultad para sensibilizar mediante la divulgación de investigaciones hechas no deja de llamar la atención. Como plantea Bartolomé, “uno de los tantos retos que enfrenta la antropología contemporánea es que sus actividades accedan a un público más amplio que el conformado por las restringidas comunidades académicas” (2003: 201).

AGOTAMIENTO DE LOS GRUPOS SILENCIADOS. ENTRE EL NO ABASTECIMIENTO DE MÁS INFORMACIÓN Y LA RENTABILIZACIÓN DE LA INSTITUCIÓN ACADÉMICA

Tratando de cruzar etnografía feminista y luchas por los derechos de las mujeres migrantes, en 2008 uno de nosotros participó en una investigación sobre colectivos de migrantes feministas, horizontales y reivindicativos que, por un planteamiento político, no prestan servicios a instituciones. Al terminar la investigación oficial, el equipo investigador quiso profundizar en la relación establecida y propuso llevar a cabo acciones orientadas tanto a po-

litizar los espacios académicos como a amplificar las denuncias que venían haciendo. Pero los mismos grupos de mujeres, que no habían tenido inconveniente en participar como informantes, dieron una negativa contundente ante la nueva y más colaborativa propuesta. La razón fundamental: el equipo procedía de la institución académica, perteneciente al sistema que generaba las desigualdades contra las que ellas luchaban. En función de este desencuentro, algunas investigadoras decidieron analizar críticamente el proceso seguido hasta entonces, para concluir que el no plantear el proyecto como una etnografía colaborativa desde el comienzo había sido determinante para la relación que se estableció con el grupo de participantes (Gregorio, 2010). A partir de estas reflexiones se gestó un nuevo proyecto que aspiraba a intervenir tanto en el eje democratizador del conocimiento como en el de la politización de sus contenidos⁵. Así, retornaron al campo para encontrarse con personas junto a las que debatir y pensar; el tema objeto de conversación, dónde hacerla y para qué, sería un asunto abierto. En su búsqueda por asociaciones con las que ya habían compartido espacios, institucionales o contestatarios, se toparon con lo que hemos llamado la “rentabilización” de la institución académica. En efecto, en dos colectivos encontraron disposición a participar pero de manera retribuida, como se venía haciendo en otros estudios donde la participación se recompensaba económicamente. Al considerar que el proyecto de investigación no supondría oportunidades reales de transfor-

mación para el grupo, su disposición acarrearba la contraprestación de recibir dinero a cambio.

El ejemplo aquí propuesto apunta a un “agotamiento” de “los grupos silenciados” (Ardener, 1975), los cuales no encuentran correlación entre el trabajo investigador académico y sus reivindicaciones por la conquista de sus derechos. Como señala Gregorio (2010), cuando una investigación tiene el propósito de articularse con la acción y proponer formas colaborativas, el colectivo puede ofrecer resistencias al considerarla, si no una pérdida de tiempo, sí al menos algo que principalmente beneficia a quien investiga. Algo parecido había sido observado en la relación entre movimientos y académicas feministas por Audre Lorde (1984), que lo denunciaba así en su carta abierta a Mary Daly: “¿Has leído mi trabajo, y el trabajo de otras mujeres negras, que te hicimos llegar? ¿O revolviste solo para encontrar palabras que legitimaran tu capítulo sobre la mutilación genital femenina a los ojos de otras mujeres negras?”

LAS LÓGICAS DE “VICTIMIZACIÓN” Y “VALIDACIÓN”

Con estas expresiones describimos dos lógicas diferentes que, al desprenderse del mismo caso empírico, serán tratadas conjuntamente. Para ilustrarlas remitimos a una investigación realizada por la Facultad de Psicología de la Universidad de Granada, la Escuela Andaluza de Salud Pública y el grupo Stop Desahucios Granada, nacido en el seno del 15M y vinculado a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH)⁶. Titulado *Estado*

⁵ Los proyectos se titulaban *Análisis de buenas prácticas participativas desde una perspectiva de género y migración* (2008-2009) y *Representaciones de las mujeres inmigrantes como sujetos de acción política* (2009-2010). Ambos eran dirigidos por Carmen Gregorio y financiados por la Junta de Andalucía.

⁶ Reiteramos que estas observaciones son avanzadas desde el pleno apoyo al grupo, en cuyas acciones hemos participado desde el comienzo.

de la salud de la población afectada por el proceso de desahucio, el estudio se planteaba conocer el impacto psicológico de los lanzamientos hipotecarios en las personas concernidas (Granada Stop Desahucios, 2014a). Ahora bien, es interesante analizar las argumentaciones puestas en juego por los propios miembros del grupo a la hora de difundir los resultados del estudio en blogs y diarios locales. En primer lugar, para fundamentar su rigurosidad se hace hincapié en que su elaboración ha implicado a catedráticos; es decir, a una categoría que ocupa un lugar central en la jerarquía académica (Granada Stop Desahucios, 2014b). Se utilizan abundantemente términos como “trastorno psíquico” o “salud mental” para clasificar las peores consecuencias de los desahucios (Granada Stop Desahucios, 2014a y 2014b; Huertas, 2014; Cano, 2014 y Ramírez, 2014), aunque sea con el respetable objetivo de reforzar las razones de la lucha. Ello conlleva la producción de narraciones “victimizantes” y “desempoderantes” para las personas afectadas —por tratarse de una victimización táctica no deja de ser una victimización—, que además hacen borrón y cuenta nueva de décadas de contrapsicología y antipsiquiatría.

Además, el lenguaje utilizado es muy cientifista, pues se afirma que el estudio “demuestra sin ambigüedad” (2014a), “con rotundidad” (2014b) o “muestra científicamente” (2014b) las dramáticas secuelas de los desahucios. Esta forma de presentar la investigación remite a una lógica de “validación” del grupo por parte de la opinión pública, que si bien cuestiona las políticas de vivienda actuales, lo hace desde un orden de saber dominante, usando instrumentalmente las relaciones de poder dadas dentro de la academia y, por tanto, naturalizándolas. Recurriendo a los ejes analíticos propuestos,

esta investigación se caracteriza por un fuerte compromiso en favor de la transformación social, pero por una escasa preocupación por la democratización del conocimiento. Paradójicamente, hace un reconocimiento muy limitado del carácter político de este último, al centrarse sólo en el saber como producto —diseminación de los resultados— antes que proceso —cómo se construye—. El estudio propone implícitamente un “reparto de tareas” entre activismo e investigación, donde ni el primero ni la segunda se transforman recíprocamente; puede haber apoyo mutuo entre ambos, pero sin que se difuminen sus fronteras. No estamos sugiriendo que esto sea necesariamente malo, pero consideramos que la investigación crítica por la que abogamos no debería ocupar este lugar.

EL RECHAZO A LA “INTELECTUALIDAD”

Tanto en el 15M como en otros movimientos hemos constatado los muchos conocimientos que los participantes poseen sobre filosofía política, ciencias sociales, genealogías de las luchas, etc., pese a no haber cursado las relativas titulaciones. Los seminarios de autoformación, charlas y mesas redondas, así como el intercambio de variados materiales (libros, documentales audiovisuales, artículos de periódicos o folletos) de manera horizontal, son priorizados frente a una formación reglada por planes de estudio. De cara al prestigio de los activistas se valora más la trayectoria en movimientos sociales que la formación académica o experiencia investigadora, ya sea para legitimar su intervención política o para reconocer sus conocimientos sobre una determinada cuestión. Lo cual no quiere decir que no se emprendan actividades investigadoras; de hecho, hemos experimentado

la existencia de prácticas “informales” de producción de saber bastante colaborativas⁷ y aun así no teorizadas ni reconocidas expresamente como tales, siendo entendidas más bien como formas de “recogida” de información antes que como prácticas reconocidas como útiles para pensar sobre los procesos políticos-participativos del movimiento. La idea de investigación suele ser entendida en una acepción “suave”, afín a la idea de “informarse” sobre cuestiones que interesan, y diferenciada de los debates más propiamente “políticos” orientados a la elaboración de propuestas y a la toma de decisiones —como si se tratara de dos cosas claramente distintas y exteriores la una a la otra—. A diferencia del caso anterior, aquí los momentos de la investigación y de la acción política están subsumidos dentro del mismo espacio organizativo, pero no dejan de estar marcados por una lógica de reparto de tareas donde el primero, concebido como un instrumento “políticamente vacío”, es supeditado a las exigencias del segundo. En realidad no hay demasiada distancia entre el rechazo a la academia desde la autonomía del conocimiento de los movimientos y la búsqueda de la validación instrumental por parte de la universidad, dado que ambas actitudes dejan inalteradas y legitiman las actuales jerarquías del saber. Ni una opción ni la otra plantean alianzas con sectores críticos y contrahegemónicos procedentes del mundo de la investigación académica.

⁷ Por ejemplo: recopilación y análisis de multas y sentencias ante casos de burorrepresión, organización de talleres informativos sobre distintas cuestiones, estudios sobre el estado del derecho a la vivienda en la ciudad, etc.

LAS VENTAJAS DE UNA PARTICIPACIÓN IMPLICADA

Aunque nos centremos en desencuentros, también observamos que nuestra participación implicada en los movimientos nos confiere mayor legitimidad y numerosas ventajas a la hora de ver reconocida la dimensión investigadora de nuestra praxis política. Un ejemplo de ello se enmarca en la campaña impulsada por distintos actores en favor de dos militantes injustamente encarcelados por su participación en la huelga general del 29 de marzo de 2012. Participamos en esta campaña como miembros de un grupo antirrepresivo del 15M granadino y, en este contexto, uno de nosotros formó parte de la comisión de trabajo que elaboraría una propuesta de manifiesto para ser leído durante una manifestación. Recientemente habíamos asistido a una conferencia sobre derecho penal del enemigo y habíamos estudiado algunos textos al respecto. Cuando quisimos introducir este elemento en el manifiesto, solo podíamos articular un análisis que implicara lo sucedido en relación a lo que estaban teorizando juristas de lo penal desde un enfoque crítico. Los miembros de la comisión de trabajo aceptaron la aportación, que apareció de forma vaga en el manifiesto. Un mes después, y dentro de la campaña de difusión del mismo caso, otros dos compañeros de nuestro grupo antirrepresivo participaron en una charla realizada en espacios universitarios junto a juristas y miembros sindicales, que nos felicitaron por haber articulado nuestro caso con dicha categoría jurídica. Finalmente, la expresión “derecho penal del enemigo” terminaría incorporándose en el discurso del grupo y sería utilizada abundantemente para el análisis de acontecimientos posteriores.

A través de este ejemplo queremos sostener que las potencialidades de la investigación crítica aumentan cuando se forma parte del proceso de lucha como activista y terminan generando mayor reconocimiento para las personas implicadas. Desde luego, este posicionamiento dúplice no responde a ninguna estrategia metodológica, sino que se corresponde a lo que somos: militantes e investigadores, atravesados por una constante tensión política.

Propuestas y reflexiones conclusivas

Para terminar, pondremos en común las reflexiones emergentes en los ejemplos anteriores, recapitularemos los principales desencuentros entre investigación y movimientos sociales y repasaremos algunas representaciones que son proyectadas desde la primera hacia los segundos y viceversa. Luego, trataremos de integrar los dos ejes de análisis de este ensayo en una propuesta unitaria, con el fin de superar la lógica de externidad” aquí reseñada. Finalmente, avanzaremos la propuesta de unas políticas del “agobio” y del “desahogo”.

“MIRADAS CRUZADAS”: DE LOS MOVIMIENTOS A LA ACADEMIA Y VICEVERSA

Nos referimos a ciertas suspicacias, surgidas de un lado y otro, que dificultan la circulación recíproca de saberes, experiencias y personas y que se manifiestan así:

- por un lado, los movimientos sociales rechazan la academia desde su propia autonomía o la “usan” como mero instrumento de validación de sus propias luchas

sin tener un enfoque crítico hacia ella, o al tenerlo no muestran interés en resaltar sus contradicciones internas y fomentar procesos de cambio —al fin y al cabo la Universidad es un espacio más perteneciente a la realidad social que se pretende transformar;

- por el otro, académicos “pretendidamente” comprometidos “pueden usar” los movimientos sociales para validar sus propias teorizaciones y conseguir mayor prestigio, sin que eso conlleve un compromiso desde la “internidad” a largo plazo.

Nos parece que esta dúplice dinámica casa bien con la falta de reconocimiento de la diversidad interna tanto de la realidad universitaria como de los propios movimientos sociales, con el riesgo de producir narraciones esencialistas, románticas y exóticas sobre la naturaleza de ambos, ya sean negativas o positivas —por ejemplo mitificando la horizontalidad y menoscabando las relaciones de poder desiguales que se dan en los movimientos sociales, la pérdida de capacidad crítica que los puede atravesar o la existencia de “ombliquismos” e “islitas” sectarias (Calle, 2012). Por otra parte la academia a menudo resta potencia, normaliza, desvirtúa, coloniza o invisibiliza los conocimientos críticos de los movimientos sociales (Calle, 2012 y Santucho, 2012), pero no deja de ser una “estructura de legitimación, de acceso a recursos, donde se pueden trabajar formas de conocimiento [...]. Los movimientos sociales pueden permear y llegar a pactos con personas y en condiciones concretas” (Calle, 2012: 226).

INTENTOS POR INTEGRAR LOS DOS EJES: UNA PROPUESTA METODOLÓGICA Y POLÍTICA

Hemos resaltado la existencia de dos ejes que, sin tener por qué entrar en contradicción, a menudo en la práctica se tensionan recíprocamente. Como militantes sociales y antropólogos comprometidos queremos razonar sobre formas no conflictivas de integrarlos, no necesariamente con el fin de eliminar las fronteras entre academia y movimientos sociales, pero sí de generar espacios de reconocimiento mutuo entre personas implicadas con el cambio social procedentes del mundo de la investigación y activistas interesados en hacer un camino juntos rumbo a una transformación mutua. Queremos pensar en prácticas transformadoras donde no tengamos que elegir entre una pertenencia u otra, donde no nos sintamos obligados a aclarar en cada caso si estamos hablando como antropóloga o como militante. Es que somos ambas cosas a la vez: “No somos investigadores que a su vez tenemos conciencia política, sino que la función de investigador está como desplazada y reorganizada en torno al deseo de politización” (Santucho, 2012: 119).

En suma, cuando hablamos de participación implicada no tenemos la pretensión de establecer un nuevo modelo, sino más bien de realizar una cartografía de las distintas posibilidades de investigación existentes y apuntar, en cada contexto, hacia una multiplicidad de opciones igualmente válidas. Se trata más de hacer hincapié en los límites que no queremos traspasar antes que señalar la elección correcta. En definitiva, estamos proponiendo un mapeo de coordenadas muy amplias dentro de las que movernos. Abogamos por investigaciones que se articulen a lo largo de ambos ejes democratizadores, tanto del político como del metodológico:

co: no necesariamente en la misma medida —si es que es posible hacer una medición de algo tan subjetivo—, pero que sí reflejen preocupaciones en ambos sentidos y cuyos resultados no se valoren sólo en términos de publicaciones, sino también de procesos políticos que pueden generar. Para decirlo gráficamente: las estrategias investigadoras analizadas en este ensayo se caracterizan por diferentes niveles de democratización de la producción del conocimiento dentro un *continuum*⁸, desde un mínimo de devolución de los resultados hasta un máximo de colaboración en todas las fases del proceso. De igual modo, podrán establecerse objetivos más o menos pronunciados en términos de transformación social, aunque solo sea en términos abstractos. Pues bien: para nosotros cualquiera de las infinitas combinaciones marcadas por un valor positivo en ambos apartados rellena un espacio significativo. Lo cual no implica desterrar las investigaciones críticas que se validen por medio de los saberes dominantes: solo afirmamos desde nuestros lugares de enunciación que su realización no es tarea de la antropología comprometida por la que apostamos. Igualmente, la pura “experimentación” colaborativa nos es insuficiente si no cuestiona las relaciones de poder hegemónicas, y menos aún nos convencen aquellos estudios que no incluyen objetivos democratizadores en ningún sentido. Por supuesto, este es el tipo de investigación que nos gustaría poder practicar y que creemos que se debería potenciar. Somos conscientes de los límites, dificultades, contradicciones y constreñimientos disciplinarios e institucionales, razón por la cual no planteamos esta propuesta como un horizonte normativo, sino como un escena-

⁸ Debemos a Gunther Dietz el uso de esta expresión en el contexto de prácticas etnográficas colaborativas.

rio ideal. No todo investigador tiene que ser activista social ni viceversa, pero quienes ya somos ambas cosas y hemos decidido investigar sobre cuestiones relacionadas con nuestro quehacer político, a lo mejor tenemos algo interesante que aportar.

Añadimos que esta propuesta no puede reducirse a una fórmula epistemológica o metodológica, sino que debe descender de una implicación política a largo plazo con los movimientos junto a los que luchamos-/investigamos⁹. A nuestro entender, ser “compañeros epistémicos” (Holmes y Marcus, 2008: 84) es recomendable pero no suficiente si no se es antes compañeros políticos; lo metodológico no se antepone a lo político ni le es exterior.

CONCLUSIONES. POR UNAS POLÍTICAS DEL “AGOBIO” Y DEL “DESAHOGO”

Una categoría nacida casi de broma y que hemos terminando asumiendo como muy eficaz descriptivamente es la de políticas del “agobio” y del “desahogo”. Con ella nos referimos a esa sensación de malestar que solemos sentir cuando tratamos de cruzar las fronteras entre el activismo social y la práctica profesional, poniéndolas en comunicación dentro de la práctica investigadora. A modo de ejemplo, en nuestros primeros andares por este recorrido hemos encontrado que investigar junto y con quienes luchamos a diario puede suponer muchas preguntas incómodas, como las siguientes: ¿Qué hacemos si el grupo en el que militamos no quiere realizar una investigación colaborativa y nos demanda la producción de un conocimiento “experto”

⁹ Esta reflexión ha sido inspirada por la lectura de unos apuntes informales de Txemi Apaolaza.

para su posterior uso político desde una lógica de externidad? ¿Cómo compaginamos la predisposición antropológica a la observación participante con el propósito de implementar investigaciones donde las preguntas, las elecciones metodológicas y la relevancia del conocimiento producido sean determinados por los propios actores, o cuando menos negociados con ellos? ¿Supone esto la necesidad de una auto-contención de nuestro papel etnográfico al atravesar espacios de militancia? Y si es así, ¿hasta dónde es legítimo que la implicación con un grupo activista y con una metodología participativa nos influyan, hasta el punto de no intervenir críticamente ante decisiones tomadas horizontalmente pero que en absoluto compartimos? Es cierto que estaríamos más cómodos si mantuviéramos más alejados activismo e investigación. Un ejemplo es el proyecto de tesis doctoral de uno de nosotros (elaborado en 2008) sobre las políticas de integración de inmigrantes de la Unión Europea, que al concebirse como un análisis crítico de las políticas públicas impulsadas por los actores institucionales —que no eran sus compañeros políticos ni epistémicos— no le generaba tantos problemas o tensiones como los replanteamientos, reflexiones, dudas e incertidumbres que se nos están presentando ahora, que nos hemos planteado dar un giro a nuestras investigaciones. Es que “un diálogo interesante [...] supone replantear la idea de un encuentro entre ámbitos distintos, e implica que cada uno tiene que ponerse en cuestión para descubrir otros modos de ser” (Santucho, 2012: 112).

Consideramos que hay que habitar, e incluso fomentar, ese estado de tensión productiva, de “incomodidad creativa”, que puede abrir nuevas posibilidades y horizontes (Arribas, 2014), para ir superando la “dialéctica del ‘tú aquí y yo aquí’” (Ca-

lle, 2012: 229). De allí que el agobio inicialmente experimentado puede convertirse en alivio. Esta tarea corresponde a todas las ciencias sociales críticas, pero no cabe duda de que la antropología —con su capacidad para pensar sobre los procesos, su atención al

sentido que los actores atribuyen a las propias prácticas y su potencial analítico desesencializador— tiene mucho que aportar al respecto y constituye una herramienta muy eficaz para seguir avanzando en el terreno del pensar y del hacer.

Bibliografía

- ARDENER, Edwin (1975) "The problem revisited", en S. ARDENER (ed.) *Perceiving Women*, Londres, Dent, 19-28.
- ARRIBAS, Alberto (2014) "Lógicas emergentes de acción colectiva y prácticas colaborativas de investigación. Apuntes para una Antropología junto y con los movimientos sociales", *Gazeta de Antropología*, 30(1).
- BAER, Hans (1997) "Partisan observation in the formation of a Faculty Union: the challenge of organizing in a Southern Urban University", en J. WALLACE (ed.) *Practicing anthropology in the South*, Atenas, University of Georgia Press, 133-141.
- BARTOLOMÉ, Miguel A. (2003) "En defensa de la etnografía. El papel contemporáneo de la investigación intercultural", *Revista de Antropología Social*, 12: 199-222.
- BEHAR, Ruth (2003) "Foreword", en D. P. FREEDMAN; O. FREY (eds.) *Autobiographical Writing Across the Disciplines: A Reader*, Durham, Duke University Press, xiii-xviii.
- CALLE, Ángel (2012) "Movimientos sociales y universidad: tensiones y puentes. Entrevista con Ángel Calle realizada por Antonio Ortega Santos y Nayra García-González", en A. ARIBAS; N. GARCÍA-GONZÁLEZ; A. ÁLVAREZ; A. ORTEGA (eds.) *Tentativas, contagios, desbordes. Territorios del pensamiento*, Granada, Universidad de Granada, 223-239.
- Cano, José (2014) *El 92% de los desahuciados sufre niveles graves de depresión y ansiedad* [en línea] <http://www.eldiario.es/andalucia/desahuciados-niveles-graves-depresion-ansiedad_0_299570964.html>.
- DEL VALLE, Teresa (1995) "Metodología para la elaboración de la autobiografía", en C. SANZ (ed.) *Actas del Seminario Internacional "Género y trayectoria del profesorado universitario"*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense, 7-15.
- (2012) "El poder evocador como desencadenante de la memoria", en J. CONTRERAS; J. J. PUJADAS; J. ROCA (eds.) *Pels camins de l'etnografia: un homenatge a Joan Prats*, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 303-312.
- DELLA PORTA, Donatella (2009) "Democracy in movement: some conclusions", en D. DELLA PORTA (ed.) *Democracy in Social Movements*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 262-274.

- DIETZ, Gunther (2011) “Hacia una etnografía doblemente reflexiva”, *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 6 (1): 3-26.
- FOOTE, Williams (1971) *La Sociedad de las Esquinas*, México, Editorial Diana.
- FOUCAULT, Michel (1997) “Sex, Power, and the Politics of Identity”, en P. RABINOW (ed.) *Ethics, Subjectivity and Truth. The essential works of Michel Foucault 1954-1984. Volume One: Ethics*, Nueva York, The New Press, 163-173.
- GRAEBER, David (2014) *Somos el 99 %. Una historia, una crisis, un movimiento*, Madrid, Capitán Swing.
- Granada Stop Desahucios (2014a) *Presentación del proyecto de investigación: “Impacto del desahucio en la salud de los afectados”* [en línea]
<<https://granadastopdesahucios.wordpress.com/2014/08/19/presentacion-del-proyecto-de->>.
- (2014b) *Catedráticos de la Universidad de Granada confirman que la salud de los afectados por los desahucios está en “grave peligro”* [en línea]
<<https://granadastopdesahucios.wordpress.com/2014/09/05/catedraticos-de-la-universidad-de-granada-confirman-que-la-salud-de-los-afectados-por-los-desahucios-esta-en-grave-peligro->>.
- GREENWOOD, Davydd (2000) “De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas”, *Revista de Antropología Social*, 9: 27-49.
- GREGORIO, Carmen (2006) “Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder”, *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 1 (1): 22-39.
- (2010) “(De)construyendo la categoría ‘mujeres inmigrantes’: de objetos de discurso a sujetos políticos”, en P. BLANCO ET AL. *¿Por qué tienen que decir que somos diferentes? Las mujeres inmigrantes, sujetos de acción política*, Granada, Universidad de Granada y Junta de Andalucía, 7-19.
- HARAWAY, Donna J. (1995) *Ciencia cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- HOLMES, Douglas; MARCUS, George (2008) “Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter”, *Collaborative Anthropologies*, 1: 81-101.
- Huertas, Ángeles (2014) *Los desahucios son perjudiciales para la salud* [en línea]
<http://www.eldiario.es/andalucia/Junta-realiza-estudios-incidencia-desahucios_0_155035259.html>.
- HUIZER, Gerrit (1979) “Research-Through-Action: Some practical experiences with peasant organization”, en G. HUIZER, B. MANNHEIM (eds.) *The Politics of Anthropology: From Colonialism and Sexism Toward a View from Below*, La Haya, Mouton Publishers, 395-420.
- IZQUIETA, José; GÓMEZ, Francisco (2013) “Marxisme i antropologia. Vigència de l’anàlisi marxista en l’antropologia social”, *Paper. Revista de Sociologia*, 98 (1): 61-77.
- LASSITER, Luke E. (2005) *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*, Chicago, The University of Chicago Press.
- LEWIN, Kurt (1948) *Resolving social conflicts; selected papers on group dynamics*, Nueva York, Harper & Row Publishers.
- LORDE, Audre (1984) *Sister outsider: essays and speeches*, Nueva York, Crown Publishing Group.
- MASSON, Laura (2007) *Feministas en todas partes: una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- MILAN, Stephania (2014) “The Ethics of Social Movement Research”, en D. DELLA PORTA (ed.) *Methodological Practices in Social Movement Research*, Oxford, Oxford University Press, 446-464.
- NAROTZKY, Susana (2004) “Una historia necesaria: ética, política y responsabilidad en la práctica antropológica”, *Relaciones: Estudios de historia y sociedad*, 25(98): 107-145.
- (2008) “La producción de conocimiento y de hegemonía. Teoría antropológica y luchas políticas en España”, en G. LINS; A. ESCOBAR (eds.) *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinares dentro de sistemas de poder*, Popayán, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Envió Editores, CIESAS, 163-190.

- OKELY, Judith (1992) "Anthropology and autobiography: participatory experience and embodied knowledge", en J. OKELY; H. CALLAWAY (eds.) *Anthropology and autobiography*, Londres, Nueva York, Routledge, 1-28.
- RABINOW, Paul (1992) *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Madrid, Ediciones Júcar.
- RAMÍREZ, Alejandra (2014) *El 70% de las personas que van a perder su casa tienen graves problemas de salud* [en línea]
<<http://www.granadahoy.com/article/granada/1849034/las/personas/van/perder/su/casa/tienen/graves/problemas/salud.html>>.
- RAPPAPORT, Joanne (2008), "Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation", *Collaborative Anthropologies*, 1, 1-31.
- SALGUERO, Óscar; RODRÍGUEZ, Juan (2009) *Aprendiendo a decir No. Conflictos y resistencias en torno a la actual forma de concebir y proyectar la ciudad de Granada*, Granada, Grupo de Estudios Antropológicos La Corrala.
- SANTUCHO, Mario (2012) "Reinterpretar el mundo entero. Entrevista con Mario Santucho realizada por Nayra García-González y Alberto Arribas", en A. ARRIBAS; N. GARCÍA-GONZÁLEZ; AURORA ÁLVAREZ; ANTONIO ORTEGA (eds.) *Tentativas, contagios, desbordes. Territorios del pensamiento*, Granada, Universidad de Granada, 107-132.
- SCHEPER-HUGHES, Nancy (1995) "The Primacy of the Ethical: Propositions for a Militant Anthropology", *Current Anthropology*, 36 (3), 409-440.
- TODOROV, Tzvetan (1986) "Le croisement des cultures", *Communications*, 43: 5-24.
- TOURAINÉ, Alain (1986) "Introducción al Método de la Intervención Sociológica", *Estudios Sociológicos*, 4 (11), 197-214.

Hitz gakoak: aktibismoa, ikerketa, mugimendu sozialak, M15, antropologia konprometitua.

Laburpena: Artikulu honetan, ikerketa eta aktibismoa artikulatzeko modu posibleei buruz hausnartuko dugu, sozialki eta politikoki konprometitutako gure antropologo jarreratik. Antropologia kritikotik bi ardatz nagusiren inguru ekarpenak egin direla nabarmentzen dugu: ezagutzaren ekoizpen mekanismoen demokratizazioa eta horren edukien politizazioa, mugimendu sozialen indartzeari begira. Granadako M15eko testuinguruan bizi izandako esperientzia ekarriko dugu, ikerketaren eta aktibismoaren arteko zailtasun eta desadostasun kasu zehatz batzuk aztertzeko. Parte-hartze inplikatuaren abantailak nabarmenduko ditugu, eta "larritasunean" eta "lasaitasunean" oinarritutako proposamen politiko eta metodologiko bat aurreratuko dugu.

Keywords: activism, research, social movements, 15-M, committed anthropology.

Abstract: In this paper we take a stance as socially and politically committed anthropologists and we argue about the possible ways to bring together research and activism. We emphasize that critical anthropology has provided contributions based around two core ideas: the democratization of knowledge production mechanisms and the politicization of its contents aiming to strengthen social movements. We look over our experience in Granada's 15-M movement in order to analyze certain cases of difficulties and disagreements between research and activism. We underline the advantages of committed involvement and we put forward a political and methodological proposal based on "stress" and "relief".